

Little

La veo desde mi ventana. Pequeña, apenas la distinguiría si la acera se llenase de transeúntes. Llueve. Viste un chubasquero amarillo conjuntado con botas negras plásticas de tacón extremo. Nunca se quita las gafas tintadas en el exterior, ni siquiera en días como este, cuando parece que la noche se demoró bajo las nubes. Llueve con tanta insistencia que apenas me sirven los prismáticos. Ha abierto un paraguas que cierra con habilidad cuando un taxi, del color de su impermeable, se detiene junto a ella. Parece que alguien la aguardaba dentro de ese coche que se incorpora perezoso a un tráfico denso como una mala borrachera y se difumina entre un rebaño amarillo. Regreso a la cocina y tomo el té que se enfría sobre la mesa. Como un ritual pongo agua a hervir; una vez alcanzado su punto de ebullición, espero que el calor descienda hasta una temperatura aceptable para los labios. Activo una melodía de Chet Baker. El oleaje de su trompeta rasgada que ahora llena el apartamento quizás remueva mi mente aún nebulosa. Almost you, almost me, almost blue. Este sorbo de infusión que caliento para que se enfríe, traza una imagen adecuada de mi vida. Primero pasión, y luego un desencanto gradual que envuelve las horas, los gestos, las voces hasta que aquel ímpetu primero queda empaquetado para una mudanza interior siempre dolorosa. Llueve con más intensidad y los edificios parecen evaporados tras los cristales. Primero pasión y ahora ya no lo sé. El té frío en invierno sólo es un líquido amargo.

También llovía hace un año, cuando la tarde se inauguró plagada de inconvenientes en aquella librería de Tribeca. Se produjo un error con la fecha de presentación de mi novela. Fue rectificadada en el último momento y mis editores temían que apenas acudiese público por falta de publicidad. No me importó. Pude disfrutar la presencia de aquella jovencita rubia, como aparecida desde la portada de un disco rockero de mi juventud, que leía con descuido mi libro sobre su regazo. Al final del encuentro, cuando las cinco o seis personas de la sala se acercaron para la firma de ejemplares, ella se quedó sentada. Temí que se marchase y escribiera un punto final a unas horas tediosas. Mi representante gesticulaba enrojecido frente al encargado de la librería al fondo de

aquella enorme estancia. Cuando agradecí al último espectador su atención conmigo, ella se acercó. Pregunté su nombre para dedicarle unas páginas que yo sospechaba que no despertarían su interés. Alcé la mirada con sorpresa. No conozco a nadie con mi apellido, salvo mis padres y mi hermano. Me confesó que por eso había entrado a la charla. Era hija única en una familia con muy pocos parientes que, de hecho, se hallaban dispersos por Europa y, además, fueron diezmados cuando la gran guerra. Un antepasado suyo llegó a Nueva York. “Dedicaré el libro a Little, entonces. Pero me tienes que permitir que te invite a cenar, mañana salgo para un largo viaje y no quiero acostarme ni pronto, ni sereno.” Little aún disfrutaba esa edad en que el futuro es un tiempo compuesto por mayores abstracciones que las que yo le permito. Sueños, inquietudes, certezas y temores hierven en igual pócima a la espera de que el reposo filtre el perfil de cada uno.

Nos acomodamos en el vagón del metro, callados y expectantes, entre la multitud que regresaba a Brooklyn hacia sus casas o que, como nosotros, se dirigía hacia las calles con restaurantes de moda entre los jóvenes. Quería sorprenderla con los únicos poderes que otorgan mis años, una tarjeta de crédito fiable, un anecdotario surtido y una actitud descreída que combina bien con cualquier relación que inicie su andadura. Tras la cena en una panadería georgiana con dos botellas de vino español, me atreví a ofrecerle una copa en mi casa. Un vendaval había trastornado la lluvia. Aceptó. Pedí por teléfono un taxi para que la suerte no reconsiderase este regalo durante los transbordos del metro. El largo trayecto hasta Manhattan permitió que nos besáramos y acariciáramos en muchas ocasiones. El conductor miraba de vez en cuando como quien sólo constata que nada altera el devenir normal de los actos que suceden en la trasera de un vehículo público. Dejé una muy generosa propina. A la mañana siguiente, mentí a mi representante para que se pusiera en contacto con mi editor. Pedí una modificación de los planes de viaje porque me encontraba muy enfermo. Fiebre y vómitos durante toda la noche. Quería llevarme al médico. Los vuelos y hoteles estaban ya concertados, las entrevistas programadas y nada de eso admitía alteraciones. La fortuna me había entregado aquella noche pero no estaba dispuesta a darme otra; al

menos, hasta después de algunas semanas. Me recogería para ir al aeropuerto de LaGuardia en unas horas. Little ya se maquillaba desnuda ante el espejo. “Llámame cuando regreses -me indicó- pero no me envíes mensajes escritos, por favor. Odio los teléfonos”. “¿Querrás salir conmigo otra vez, Little?” Pregunté indeciso. “Claro -respondió-, siempre que no vuelvas a hacer esa pregunta”. Aquella mañana de sol fue la primera vez en que la distinguí con su paso nervioso entre la multitud, cada vez más pequeña sobre las aceras de la avenida. Unos prismáticos en el escaparate de una tienda para cazadores en Billings, Montana, me recordaron aquella imagen de la persona que tanto anhelé durante la extensa gira de presentación.

Cuando regresé tardamos varios días en vernos. Yo imaginaba su sonrisa, sus abrazos, pero la tarde flotó en aquella chocolatería del Lower con la misma calma que durante las horas en que nos conocimos. Convertía sus labios en una flor mientras soplabla aquel humo dulce. Me atreví de nuevo, y regresamos al dormitorio donde quedó una historia esbozada bajo un aguacero constante y un otoño que yo imaginé como pronta primavera perpetua a su lado. La invité una semana a Florida. Yo tenía que asistir a una conferencia. Ni recibió, ni realizó llamadas de teléfono. Ni siquiera durante las mayores borracheras previas a irnos a la cama habló de su vida. Me encontraba bien junto a ella mientras pasábamos largos silencios en la piscina o en las saunas del hotel. Cuando regresamos a Nueva York, los días transcurrieron como en un inicio permanente. “No pidas nada”, me dijo cuando le rogué que pasásemos juntos un fin de semana en mi casa. “No me gustan las relaciones de ese tipo”, me advirtió, antes de que se maquillara frente al espejo solo vestida por unas medias de red, y se marchase en mitad de la noche.

Tomo cada ocasión como la última. Después de observarla en la lejanía, me siento ante el ordenador con mi taza de té tibio entre las manos y escribo en estas páginas donde ya le he puesto un nombre a Little y le he imaginado una ruta hacia su trabajo. Ahora la trompeta de Chet Baker suena como si hablara. La he convertido en directora artística de un teatro en el Off-Broadway, por eso sufre horarios inusuales que le impiden quedarse conmigo aunque quiera. Ya hemos comido en

casa de sus padres. Incluso en invierno le dibujo mañanas de sol en que yo la sigo por sus departamentos favoritos de Macy's sin que se percate de ello. Eso sí, en todos los párrafos respeto su silencio, y rápidos giros de trama impiden que me vea; por ejemplo, un amigo la saluda en el preciso instante en que me va a descubrir. Ella no lo sabe, pero siempre la acompaño y, por supuesto, no permito que la pasión entre nosotros se enfríe. Piensa en mí con unos emotivos monólogos internos. Hoy quizás la vista con su chubasquero amarillo y haga que me salude antes de subir al taxi.

José Luis González Vera